

No; el Gobierno inglés no ha prohibido la lectura de estos periódicos españoles, sino el comercio con ellos, lo cual no puede ser otra cosa que la prohibición del anuncio de casas inglesas en sus páginas. Esto, los alemanes lo hicieron espontáneamente, desde el comienzo de la guerra, con los periódicos españoles adversos á su causa. Fué una represalia lógica. Ahora comienzan á hacerlo los ingleses. También es lógica la represalia. O la lógica ha volado de este mundo.

18 de Junio de 1916.

PROCLAMAS, EN VEZ DE BOMBAS

Ese aviador francés Marchal, volando sobre Berlín y dejando caer un puñado de papeles que decían: «Hubiéramos podido bombardear la ciudad de Berlín y matar de este modo mujeres y niños inocentes; pero nos contentamos con lanzar únicamente la siguiente proclama», es todo un filósofo de la guerra, tal como la entienden los aliados. Pero se dirá: ¿puede entenderse la guerra de modo diferente? ¿No se conducen todos en ella de manera semejante? ¿No es ya pueril insistir en eso de que los alemanes son más crueles que sus enemigos, crueles unas gentes que en su vida social son la dulzura y la mansedumbre personificadas?

Este error de la identidad moral y jurídica de todos los beligerantes es uno de los que con más tesón persisten en toda la polémica sobre la guerra. Y es que sus defensores no pueden, por lo visto, distinguir entre individuo y ciudadano. El individuo alemán,

sin duda, es uno de los ejemplares de la especie humana más dóciles, más pacíficos, más corteses, más sentimentales. Se pueden cometer con él todas las fechorías imaginables sin moverle á tomar medidas de violencia. Desde el punto de vista de la seguridad personal, no hay reparo en admitir que la compañía de un sujeto teutónico, en circunstancias normales, es más tranquilizadora, aunque no tan amena, que la de un ruso, la de un italiano, la de un francés y hasta la de un inglés, por ejemplo. Estos otros individuos son más imaginativos, menos circunspectos, más audaces, menos adormilados; en suma, más temibles que los alemanes. Si se hiciera una estadística de todos los grandes pilletes internacionales, se vería que Alemania da el menor contingente. El individuo alemán, en tanto que individuo, es el tipo del hombre honrado, ingenuo, inofensivo y sentimental. Hasta aquí, de completo acuerdo.

Pero el ciudadano, ese mismo individuo en funciones de ciudadano, esto es, de hombre en relación con el Estado, es el reverso de lo que queda dicho. El alemán, como individuo, se sentirá inferior á cualquier otro europeo; pero como ciudadano, y acaso por esa su misma incapacidad individual de contender mano á mano en inteligencia con los individuos de otros países, sobre todo con los diplomáticos, se creará tan superior que no querrá contentarse con menos que la conquista del mundo. Para el alemán, la guerra es la «política por excelencia» (Treischke),

y, por lo tanto, no sólo se tiene el derecho, sino también el deber de provocarla (Bernhardi).

De este modo, el individuo alemán, pacífico en su comercio normal con los hombres, se trueca, como ciudadano, en un hombre que tiene el derecho y aun el deber de mover guerra á los ciudadanos de otros países.

Más claramente: para un ciudadano alemán lo supremo es la razón de Estado. En consecuencia, una guerra puede provocarse en cualquier momento (sin detenerse ante ningún Tratado), y, además, puede conducirse empleando el terrorismo más radical. Esto último precisamente por razones de humanidad, claro es. Una guerra, cuanto más breve, más humana. De modo que será más humano arrasar un pueblo en un mes, usando de todos los medios de destrucción, que sostener con él una guerra larga por culpa de esas restricciones aprobadas universalmente en varios Congresos internacionales, singularmente en las dos Conferencias de La Haya. Este criterio de la guerra sin reglamentación jurídica lo sostuvo Clausewitz en su famoso libro «De la guerra»: «No cabe introducir en la filosofía de la guerra, sin cometer un absurdo, ningún principio de moderación.» Pero el general Hartmann ha sido aún más explícito: «Cuando ha estallado la guerra nacional, el terrorismo se convierte en un principio militarmente necesario.» Los generales Blume y Bernhardi no han sido menos explícitos en sus obras.

Se dirá que este modo de entender la guerra no es más que una forma personal de opinar por parte de algunos teorizantes alemanes; pero que el Estado alemán no se ha solidarizado con ese criterio. Error. En el Ejército hay un reglamento, llamado «Kriegsgebrauch im Landskriege» (Usos de guerra en las guerras terrestres), que fué publicado por el Estado Mayor en 1902. La publicación de este Manual, que contradecía todos los acuerdos de la primera Conferencia de La Haya de 1899, llevó la consternación al espíritu conciliatorio de las cancillerías europeas, que de este modo veían frustrarse sus tentativas de evitar ó suavizar una guerra europea. Cierto es que en la segunda Conferencia de 1907, Alemania se apresuró á votar calurosamente todas las restricciones, con lo cual se creyó que renunciaba al «Kriegsgebrauch» de 1902. He aquí algunas de sus recomendaciones:

«Un estudio profundo de la guerra pondrá al oficial en guardia contra exageradas concepciones humanitarias; le enseñará que en la guerra no puede prescindirse de ciertas durezas y que la verdadera humanidad consiste en proceder sin miramiento.» (Página 3.)

«Todos los medios inventados por la técnica moderna, aun los más perfeccionados y los más peligrosos, los que más matan en masa, están permitidos; estos últimos conducen más rápidamente al fin de la guerra, y si bien se miran las cosas, son los más humanos.» (Página 9.)

«Pueden matarse los prisioneros en caso de necesidad, si no hay otros medios de tenerlos bajo seguridad.» (Página 16.)

«Se obligará á los habitantes á dar indicaciones sobre el ejército, sobre los medios militares y secretos militares de su país. La mayoría de los escritores de todas las naciones condenan esta medida. Sin embargo, se la empleará —lamentándolo— por razón de guerra.» (Página 48.)

«Es un criminal el habitante que habiendo sido forzado á servir de guía, falta á la confianza que se tiene en él, pues debe obediencia á la potencia que ocupa su país. Este criminal debe ser condenado á muerte, pues sólo con tales medidas de intimidación se impiden tales crímenes.» (Página 51.)

Con lo transcrito, que explica numerosos actos del ejército alemán, basta para ver que el ciudadano germánico tiene que conducirse de manera opuesta á sí mismo en tanto que individuo. He aquí cómo no hay contradicción en que un hombre manso y afectivo en su vida ordinaria se transforme en un hombre terrible en los campos de batalla. A ello le obliga la suprema razón de Estado, que primero le predica el derecho y aun el deber de hacer la guerra, y, después, una vez provocada, el deber de emplear el terrorismo. De este modo, un aviador alemán realiza un alto mérito de guerra lanzando bombas sobre ciudades enemigas y matando á gentes pacíficas. Frente á esta filosofía de la suprema razón de Estado, supe-

rior á todo convenio y á todo sentimiento de humanidad, los aliados representan el reinado de la ley; esto es, el principio de que los acuerdos internacionales son superiores á los intereses más sagrados de cada nación. Por esto, un aviador francés no puede bombardear gentes indefensas en país enemigo, y si lo hiciese, el Estado francés le recusaría y castigaría seguramente. Marchal tuvo que contentarse, pues, con lanzar proclamas á los habitantes de Berlín. La razón de Estado y el reinado de la ley son los polos ideales, antagónicos é irreconciliables, de esta guerra.

28 de Julio de 1916.

EL KAISER Y LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES

De todos los documentos semejantes que se han escrito en países neutrales durante la guerra, ninguno habrá sido probablemente motivo de tanta preocupación para Alemania como el Manifiesto de los católicos españoles, sólo conocido del público de España por extractos tomados de la Prensa extranjera. La explicación es sencilla. El malignamente llamado Manifiesto de los intelectuales fué, sobre todo, un plebiscito de calidad. Era un acto descontado. Con esa fina intuición que posee siempre para hallar lo afín, el espíritu se puso desde el primer momento junto al espíritu en esta guerra. Algunos filisteos, apologistas de lo cuantitativo y de lo mecánico, protestaron en vano de que el bando al cual se adscribieron fuese considerado como pura materia; también ellos querían ser espíritu; sin embargo, hoy ya las fronteras están bien definidas y el mundo en conjunto está persuadido á estas horas de que tanto en

los orígenes, en los medios como en los fines de esta guerra, las grandes fuerzas espirituales están al servicio de los aliados.

Pero los plebiscitos cualitativos rara vez inquietan de modo inmediato á los administradores de la fuerza mecánica. El voto de un pensador ó de un artista podrá ser el germen que revolucione un mundo; pero es un peligro remoto, y los farisaicos defensores del orden establecido suelen responder con risa de jayanes á las voces espirituales. Las «Palabras de unos españoles» ó Manifiesto de los intelectuales, como le bautizaron aquí, en España, los que tienen por una abyección el oficio de pensar ó crear mundos de belleza, además de estar previstas, debieron mover á lástima ó á befa á las autoridades alemanas, suponiendo que llegaran á su conocimiento. Eran de intelectuales, y, por añadidura, de intelectuales españoles, gentes cuya obra escrita, sumada la de todos, no alcanzaría seguramente en volumen á la del más sobrio de los noventa y tres sabios alemanes que firmaron el famoso Manifiesto en pro de los derechos de la cultura germánica á imponerse al mundo á cañonazos del 42.

En cambio, hay motivos psicológicos para suponer que el Manifiesto de los católicos españoles—donde categóricamente se condena la invasión de Bélgica y los actos de terror cometidos por los alemanes, al mismo tiempo que se hacen votos por que se restaure su integridad é independencia—haya cau-

sado honda zozobra á las autoridades alemanas, porque ese documento es anuncio del principio del fin. La masa católica de España es la única que puede desear el triunfo de Alemania. Pero si deja de desearlo, como indica el Manifiesto, el cambio ó la súbita revelación de un estado social que se creía opuesto ha de producir un efecto deprimente en las autoridades alemanas. Claro está que ningún alemán responsable habrá creído posible por un instante que España pudiera intervenir en la guerra junto á Alemania. Al mismo tiempo, tampoco juzgaría probable que España interviniese en sentido contrario mientras aquí hubiese una considerable masa católica de tendencia germanófila.

Pero si esta masa cambia de dirección, aunque este hecho no modifique en nada el criterio de los gobernantes y del pueblo en general, partidario decidido de la neutralidad, ¿no es motivo, sin embargo, para que los políticos alemanes, obligados á calcular no sólo sobre hechos y probabilidades, sino también sobre posibilidades, se inquieten ante este cambio moral en un país que es en Europa el más considerable de los neutrales?

Con ser importante este aspecto del Manifiesto de los católicos, hay otro que lo es aún mucho más. Alemania sufre un bloqueo espiritual no menos terrible que el físico. Tanto como de subsistencias para su población civil y material de guerra para su ejército, necesita de estímulos morales para todos. Hasta

ahora no han faltado, en los pueblos que no están en guerra, voces de simpatía y de aliento, de fe y de entusiasmo, que llegaban al pueblo alemán como pan del espíritu. Pero si estas voces se hacen silencio, calcúlense sus dramáticos efectos. La fe en nosotros mismos—salvo en excepcionales casos de extraordinaria fortaleza espiritual—tiene por lo menos la mitad de sus raíces en la fe que en nosotros ponen los demás.

Esa fe nos estimula, y por conservar esa fe damos nuestras más recias batallas. La pérdida de esa fe, en cambio, nos expone á perderla en nosotros mismos y nos quita una parte del objeto de nuestros afanes. A ello sigue la depresión y el derrumbe de la voluntad, como un edificio que se queda sin cimientos. A esto está expuesta Alemania. Tan dolorosas como las punzadas del hambre de pan serán para ella las punzadas del hambre de simpatía y de calor cordial en los demás hombres. Poco á poco los aliados, con su conducta y con sus gigantescos esfuerzos por que el mundo penetre en lo más íntimo de esta guerra, han ido cerrando, paralelamente al otro, el bloqueo espiritual en torno de Alemania. El aislamiento moral agotará sus energías de resistencia con tanta eficacia como el aislamiento económico.

Estos son los motivos psicológicos que inducen á creer que el Manifiesto de los católicos españoles ha debido preocupar á los gobernantes alemanes. Pero además hay pruebas de ello. Lo habíamos oído

y no habíamos querido prestarle crédito. Mas he aquí que en el «Times» de hace unos días, en un excelente artículo enviado desde Madrid por su corresponsal aquí, hallamos la estupenda noticia. El emperador alemán, al conocer que el Manifiesto iba á ser firmado por un prócer español que tiene una magnífica posesión en Bélgica, le hizo saber que si lo suscribía, tomaría represalias contra él, allanando su finca y alojando en ella á las tropas más díscolas de su ejército.

La noticia era demasiado grave para ser creída mientras se trataba de un rumor de la calle. Pero la recoge el «Times», cuya conspicua historia se debe á la veracidad de sus informaciones, reconocida en el mundo entero. Por otra parte, si los corresponsales del gran diario londinense se han distinguido siempre y en todas partes por su autoridad informativa, el actual de Madrid es, dentro de esas cualidades profesionales, ilustre entre los ilustres. Todo esto obliga á creer, mientras autorizadamente no se demuestre lo contrario, que el emperador de Alemania ha cometido un acto de violenta coacción con un ciudadano español para evitar que firmase el Manifiesto de los católicos.

¿Puede tolerar esto el Gobierno español? ¿Es lícito que un extranjero impida con amenazas á un español que exprese libremente sus opiniones? Lo que autorizan las leyes de España y el Derecho internacional, ¿puede prohibirlo un extranjero? ¿Es compa-

tible con la soberanía española que un extranjero niegue á un español la libertad de opinar? En el caso de que uno ó varios ciudadanos alemanes emitiesen sobre España un criterio que, justo ó injusto, nos fuese enojoso, ¿permitiría el Gobierno alemán que el rey de España se dirigiese á uno de los firmantes, dueño de bienes en nuestro país, y le conminase á retirar la firma ó á ver destruídos esos bienes por mandato del monarca mismo? Comprendemos, por las razones indicadas, que el Manifiesto de los católicos españoles haya conturbado y aun irritado á los gobernantes alemanes. Pero no puede ser tolerable que una voluntad extranjera impida á un español realizar actos que las leyes españolas y el derecho de gentes autorizan. Tan afrentoso como encarcelar durante veinte meses la persona del español Torras, en calidad de prisionero civil y á conciencia de que era español, es pretender convertir en prisionero de guerra el espíritu de ningún conciudadano de España.

5 de Agosto de 1916.

EL CINEMATÓGRAFO Y LA GUERRA

¿Es un arte el cinematógrafo? ¿Sirve, como las otras artes, para conducirnos por la vía de la sensibilidad á lo más íntimo del mundo, para penetrar en los seres y en las cosas y descubrir en su seno cualidades no sospechadas? Mientras debaten este problema los buscadores de una estética del cinematógrafo, puede hacerse esta afirmación: sea ó no arte en sentido estricto, sea ó no vehículo de aproximación á la esencia de las cosas, por lo menos posee ya la estupenda virtud de aproximarnos en el espacio á los lugares y acontecimientos más lejanos ó peligrosos. El cinematógrafo, como antes la locomotora y el buque á vapor, nos ha empequeñecido el mundo al agrandar nuestra potencia cognoscitiva. Por su acción milagrosa podemos recorrer en unos minutos, con la vista absorta y los nervios tensos, los pueblos más remotos y primitivos, escalar las montañas más altas, navegar por los más fantásticos mares, inter-

narnos en arriesgada cacería en las selvas menos frecuentadas por el hombre. El cinematógrafo ha entregado al ojo humano, en vasallaje indestructible, toda la superficie de la tierra.

Pero con ser grandes sus conquistas anteriores, su conquista máxima es la guerra. Gracias al cinematógrafo, la guerra no será para los distantes espectadores una simple abstracción, una nueva enumeración cuantitativa de soldados, de muertos, de heridos, de cañones, de pueblos, de kilómetros, de trincheras, de granadas. Si las necesidades del secreto militar no hubieran eliminado los corresponsales de guerra, los haría superfluos el cinematógrafo. Una descripción verbal, por fuerte y verídica que sea, es á una película lo que la luz de un planeta al sol. La palabra, suprema para la expresión de estados del espíritu, resulta precariamente limitada para la pintura de grandes realidades espaciales. Una película que represente el asalto de una trinchera enemiga, da de la guerra una impresión más exacta y emocionante que la montaña de libros que van ya escritos por testigos oculares, no sólo por la fatal limitación de la palabra, sino porque es dudoso que los escritores invitados á ver la guerra tengan tan grandes oportunidades de espacio y tiempo para contemplarla como los operadores cinematográficos de un ejército, soldados que cumplen su deber impresionando escenas de muerte y destrucción á pocos pasos de distancia. El cinematógrafo, aplicado á la guerra, agrega á la

Historia un material informativo de incalculable valor, y al arte y la pedagogía elementos de emoción y enseñanza que seguramente tendrán consecuencias ennoblecedoras. Con el cinematógrafo, la Historia se hace visual; esto es, más clara; esto es, más educadora.



La otra mañana tuve una primera y viva revelación de la guerra. Fué en la Casa Pathé, establecida en la calle de Doña Bárbara de Braganza, donde, gracias á la cortesía del excelente fotógrafo y amigo, Sr. Campúa, que representa á la famosa Casa cinematográfica, pudimos ver unos cuantos invitados varias estupendas escenas de la batalla del Somme. ¿Cómo no permite el Gobierno que se den públicamente estas películas en Madrid? Lejos de engendrar desórdenes, probablemente humanizarían la polémica que divide á los bandos. Ante un cuadro de guerra henchido de dolor y heroísmo, no hay más remedio que ser hombre sobre toda otra denominación partidista y sentir una profunda comunión con todos los beligerantes. Nada mejor que este género de películas para elevarse á una superneutralidad, á una neutralidad por simpatía hacia todos, en vez de querer mantenerse en esta otra neutralidad, verdadera subneutralidad, que pretende no sentir simpatía por ninguno.

En la película hubo ocasión de contemplar minuciosamente los tres elementos esenciales de la gue-

rra: el hombre, la máquina y el paisaje. El soldado francés es un niño jugando al terrible juego de la muerte. Hele ahí por esos caminos y por esos campos dirigiéndose á la primera línea de trincheras para lanzarse sobre las del enemigo al día siguiente. Regular de estatura y ancho de espaldas, anda ágilmente, graciosamente, y bromea con sus compañeros, según se deduce de su rostro, siempre vivaz y expresivo, siempre iluminado por una sonrisa en que parece condensarse toda la fuerza y toda la sutileza de una raza magnífica, que es como una decantación espiritual de los siglos. Luego se le ve en las trincheras mismas sentado, sereno, esperando la orden del ataque. Pero la impresión más dramática es cuando sale de la trinchera para ir á tomar la del enemigo. La luz es borrosa, como de crepúsculo ó de eclipse parcial, acaso por causa de la densa humareda que dejan en el aire los cañones. Movidos, no por la mecanicidad de una disciplina externa ni por la esperanza bestial de un buen botín, sino por el sentimiento transcendente de un deber que es más que el deber del soldado y más también que el del patriota, algo así como un deber de humanidad, los soldados franceses salen de su escondite con ímpetu maravilloso, sin miedo á la probable muerte que van regando las ametralladoras enemigas. El campo que separa á las dos líneas adversas tiene una luz confusa, y es algo así como la borrosa frontera entre la vigilia y el sueño, entre la muerte y la vida.

Aún no han acabado de salir de sus trincheras todos los franceses, cuando en dirección contraria se ve, en la película, llegar á grupos de soldados alemanes. Vienen corriendo hacia el espectador, con las manos vacías en alto, en signo de rendición, rotos y dolientes, pintado augustiosamente en el rostro el temor de que le hiera por la espalda el fuego de los suyos ó de frente el de los enemigos. Y cuando llegan á las trincheras francesas, ya seguros, y luego se les ve andando, como un río sin fin, por un camino, bajo la vigilancia de unos cuantos soldados franceses, y más tarde se les contempla hacinados dentro de una empalizada, como un inmenso rebaño humano vencido por el cansancio y por la fatalidad, el espectador se siente poseído de una inmensa conmiseración. Algunos sonríen con una sonrisa que es una mezcla de bienestar, por haber sobrevivido al terrible encuentro, y de halago para sus capturadores. En grupo aparte aparecen cuatro ó cinco oficiales alemanes, llenos de altiva dignidad, como miembros en desgracia de una casta acostumbrada á dominar. También inspiran simpatía, pero no del género humano y profundo que despiertan los pobres soldados de apariencia gregaria.



Los cañones y el paisaje forman como el anverso y el reverso de una misma cosa. He ahí los mortí-

UN SOFISMA Y UNA REVOLUCIÓN

No sólo es el tiempo un aliado militar del Múltiple Acuerdo; es también un aliado político. En el reloj de arena de la guerra cada grano que cae, no sólo cuesta una batalla á Alemania; al mismo tiempo destruye alguna de sus falacias. Piénsese, por ejemplo, en la revolución de Macedonia, llevada á cabo contra los invasores búlgaros. El Gobierno y el Estado Mayor de Grecia habían dado orden de que no se opusiera resistencia á la irrupción de los búlgaros en territorio griego; pero el pueblo de Salónica, celoso de la independencia, integridad y libertades helénicas, desacató la orden y se está organizando para ir á la guerra contra Bulgaria. Este acontecimiento, velado por la neblina de la distancia y de la confusión que rige en los Balkanes, ha pasado casi inadvertido, como un insignificante episodio de la guerra. Y, sin embargo, es uno de los que más de cerca tocan el corazón de la inmensa tragedia.

Grecia era para Alemania el contrapeso moral de Bélgica. Los alemanes violaron la neutralidad belga; pero otro tanto hicieron los aliados con la neutralidad griega al desembarcar en Salónica. Todos eran unos. ¿Quién osaría, después de este acto, vanagloriarse de ser defensor de los pequeños pueblos neutrales? Así razonaba el teutonismo. Se trataba de un razonamiento sofístico. No había semejanza entre la neutralidad de Bélgica, que Alemania, como Francia é Inglaterra, se había obligado con su firma á mantener, y la neutralidad de Grecia, que no había sido motivo de ningún convenio internacional. La violación del territorio griego podía ser un acto de fuerza, como lo es toda guerra; pero la violación del territorio belga era, además, un crimen jurídico. El homicidio en franca lucha ó el robo frente á frente se diferencia fundamentalmente del asesinato por la espalda ó de la estafa por el abuso de confianza. Este paralelo puede ayudar á comprender la distinción moral entre la invasión de Bélgica por los alemanes y la de Grecia por los aliados.

Y esta distinción, no sólo no es sofística, sino que todavía es demasiado favorable para los alemanes. En rigor, el desembarco de los aliados en Salónica no fué un acto de fuerza. De haberlo sido, el pueblo griego se hubiera levantado en armas contra los invasores. No estaba obligado internacionalmente á ello, como el pueblo belga; pero raro es el pueblo que, ante una invasión extranjera, no defiende su te-